



De literatura y arte

REVISTAS RÁPIDAS

Mucha discreción, mucho espíritu observador y una facilidad espontánea para la crónica humorística demuestra el ex-oficial de nuestro ejército, el bachiller Bernardo F. Alemán, en el volumen que acaba de publicar con el título de *Relatos militares*. Se trata de una serie de narraciones breves de apuntes de cartera: de reminiscencias imborrables que Alemán ha reunido con mucho acierto, mezclando la página anecdótica con la de simple descripción, y la de original análisis con la que no tiene más objeto que señalar un hecho memorable,

un rasgo suelto, un sencillo episodio individual. El libro en general es ameno, sin pretensiones de ningún género. Por eso, sin duda, se lee con gusto y se agradece al autor todo el placer que nos proporciona *El capitán Rusleros*, v. g. — un carácter raro, exaltado, bien estudiado y comprendido, — aquellas *Garantías individuales* que recuerdan con vivos colores una época que pertenece ya á la historia. Ambos estudios, que son los que más destacan del conjunto de la obra, relajan bien á las cla-

ras el espíritu sagaz del escritor para presentar los hechos sin artificio alguno falso, interesantes de por sí.

Esta cualidad de Alemán, que ya se traslucía en *Chacota corrida*, su primer libro, también de narraciones de la vida militar, está bien patente en otras páginas de su reciente obra, donde la existencia inquieta del soldado, del oficial y de todos los que entre las paredes de un cuartel viven, desfilan rápida y pintorescamente en animados cuadros, en cómicas escenas, — hechos algunos á grandes trazos — que dejan en el ánimo del lector la impresión exacta de la realidad sentida. Para los que buscan en toda obra escrita un fondo de filosofía ó un problema trascendental, *Relatos militares* no supone nada absolutamente, porque ni una ni otra cosa esconde debajo de sus párrafos: en cambio será grata, intensamente grata, á los que sólo piden al escritor amenidad de asunto, sencillez de estilo y lectura fácil para matar los ratos que el ocio roba á la tarea diaria. En este último concepto, el libro de Alemán puede considerarse una obra de primer orden, capaz de sostener con ventaja la más atrevida comparación con muchos de los que, dentro de su mismo género, nos llegan frecuentemente de Europa.

Un fenómeno curioso se ha producido con motivo del estreno realizado en Cúmba de una pro-

Javier de Viana, el vigoroso autor de *Campo y Gaucha*, nos presentó un nuevo producto de su talento fecundo en *Guri*, volumen que encierra una serie de interesantes narraciones, impregnadas todas de sabor campero y vibrantes todas de fuerza

ducción teatral, cuyos autores residen entre nosotros, y para la cual el público no tuvo, según parece, ni un entusiasmo ruidoso, de esos que convierten en fragua la sala de un teatro, ni tampoco un desprecio tan marcado que hiciera creer forzosamente en la falta absoluta de mérito de aquélla. *Un succès d'estime*, como dicen los franceses, sería, cuando menos, el resultado exacto del estreno. A pesar de esto, ni la crónica diaria, ni la crítica, — la escasa crítica teatral que por aquí se usa — se ocupó de la obra. ¿Por qué? ¿Por qué pertenecía al mal llamado género chico? ¿Por qué no alcanzó la fortuna de conmover hondamente á la masa de espectadores, ó porque no provocó una verdadera explosión de risa? Sea de ello lo que fuere, la obra no mereció ni la más ligera mención de los que no se ruborizan cuando dedican una columna, por ejemplo, á cantar las bellezas de una mala triple cualquiera, ó de los que echan mano de cuanto calificativo sonoro les ofrece el diccionario para ponderar las gracias de una zarzuela extranjera del peor gusto. Se dirá que en opinión de los que escriben, aquello no merecía la pena de una mala revista, y que antes que proporcionar un serio disgusto á los autores, era preferible el silencio. Ni uno ni otro argumento tienen fuerza alguna. Desde que una obra, sea teatral, literaria, pictórica, lo que sea, se ofrece al público, es porque su autor ó autores tienen el convencimiento profundo de que algo vale. Si se han equivocado, y no es difícil equivocarse, hay que desengañarlos para que no incurran en error; si aciertan, y tampoco es difícil acertar, lo menos que pueden y deben exigir es que se les estimule. Y el único estímulo que hasta el momento presente obtienen aquí los esfuerzos del talento — peor recompensado que los de cualquier obrero — es el aplauso del público y la sanción de la crítica, ó de aquello que haga sus veces. No discuto si la obra estrenada en Cúmba era buena hasta el extremo de merecer un éxito ruidoso, ó mala hasta el punto de provocar un fracaso lamentable. Lo que sí afirmo, y eso con conocimiento exacto de causa, es que los autores de ella tenían derecho á esperar algo más de la crónica: el uno, por su talento literario probado en más de un libro, en más de una revista, en más de una ocasión; el otro por su vasta preparación musical, por su actuación en la crítica militante y por el lugar que ocupa, bien ó mal conquistado, entre el profesorado existente en Montevideo. Si la obra no ofrecía, pues, suficiente campo para disertar sobre dramática, ó sobre cualquier tópico musical, los autores bien pudieron servir de motivo para hilvanar unos cuantos párrafos. Así saldríamos, los que al estreno no concurríamos, la impresión que de la obra citada recogieron los que se han impuesto la misión de noticiar al público las cualidades y defectos de las producciones que representan y de los artistas que de su interpretación se encargan. Y sabiendo eso no estaríamos, como estamos, en la duda de si los autores no han sido comprendidos por la crítica ó si el público que aplaudió su obra — porque de aplausos se habla — lo hizo por simple entretenimiento ó por espontánea fuerza de intuición...

y originalidad. He leído el libro y he gozado... A él dedicaré, con intenso placer, toda mi próxima revista.

EDUARDO FERREIRA.